

de cena, volveré á veros y á recibir el importe de mi cadena.

ANTÍFOLO.—Os ruego, señor, que recibáis el dinero al instante, no sea que no volváis á ver ni cadena ni dinero.

ANGELO.—Sois jovial, señor; adiós, hasta luego.
(Sale).

ANTÍFOLO.—Me sería imposible decir lo que debo pensar de todo esto; pero lo que sé muy bien, al menos, es que no existe hombre tan tonto para despreciar, cuando se le ofrece, una cadena tan hermosa. Veo que aquí un hombre no necesita atormentarse para vivir, puesto que se hacen en las calles tan ricos presentes. Voy á ir á la plaza del mercado á esperar allí á Dromio; si algún buque se hace á la vela, parto en seguida.



ACTO IV

ESCENA PRIMERA

La escena pasa en le calle

UN MERCADER, ANGELO, UN OFICIAL DE JUSTICIA

MERCADER.—(A Angelo)

Sabéis que se debe la cantidad desde Pentecostés, y que desde ese tiempo no os he importunado mucho; ni lo haría aún hoy mismo si no partiese para Persia y no tuviese necesidad de guilder para mi viaje; así, satisfacedme inmediatamente, ú os hago prender por este oficial.

ANGELO.—Exactamente la misma cantidad de que os soy deudor, me es debida por Antífolo; y en el instante en que os he encontrado, acababa de entregarle una cadena. A las cinco recibiré su precio: hacedme el placer de venir conmigo hasta su casa, donde os pagaré mi obligación, y os daré las gracias.

(Entran Antífolo de Efeso y Dromio de Efeso.)

OFICIAL.— (apercibiéndoles, á Angelo).
Podéis evitaros la molestia: mirad, hé aquí que llega.

ANTÍFOLO.—Mientras voy á casa del platero, vé, tú, á comprar un pedazo de cuerda; quiero ser-

virme de ella para mi esposa y sus cómplices, por haberme cerrado la puerta en pleno día.—¡Pero despacio! Veo al platero.—Véte; compra una sogá y tráemela á casa. *(Sale).*

DROMIO.—¡Ah! ¡Voy á comprar una sogá!

ANTIFOLO.—¡Muy lucido queda un hombre cuando cuenta con vos! Había prometido vuestra visita y la cadena; pero no he visto ni cadena ni platero. Probablemente pensasteis que mi amor á mi esposa duraría demasiado tiempo si lo encadenabais; y por lo tanto, no habéis venido.

ANGELO.—Con permiso de vuestro jovial humor, hé aquí la cuenta del peso de vuestra cadena, hasta el último quilate, la ley del oro y el precio de la hechura: todo lo cual importa tres ducados más que lo que debo á este señor.—Os ruego, me hagáis el favor de cancelarme con él desde luego, pues está próximo á embarcarse y no espera sino esto para partir.

ANTIFOLO.—No traigo conmigo la cantidad necesaria; por otra parte, tengo algunos negocios en la ciudad.—Conducid á este extranjero á mi casa; llevad con vos la cadena, y al entregarla á mi esposa, decidle que salde la suma; quizás estaré allí al mismo tiempo que vos.

ANGELO.—¿Entonces llevaréis la cadena vos mismo?

ANTIFOLO.—No; tomadla con vos; no sea que yo llegue tarde.

ANGELO.—Vamos, señor, está bien. ¿La tenéis con vos?

ANTIFOLO.—Si no la tengo, es porque vos la tenéis; sin lo cual, podríais volveros sin vuestro dinero.

ANGELO.—Vamos, señor, os ruego que me deis la cadena. El viento y la marea esperan á este caballero y tengo que reprocharme el haberle retenido aquí tanto tiempo.

ANTIFOLO.—Señor mío, os valéis de este pretext-

to para excusar vuestra falta de palabra, al no haberla llevado al Puerco-Espín; es á mí á quien toca regañaros por esto. Pero, á fuer de astuto, principiáis por ser el primero en querellarse.

MERCADER.—La hora avanza. Señor, os ruego que os deis prisa.

ANGELO.—¿Veis cómo me importuna...? Pronto la cadena.

ANTIFOLO.—¡Y bien! Llevadla á mi esposa, y recibid vuestro dinero.

ANGELO.—Vamos, vamos; sabéis que os la he dado hace un momento. Enviad la cadena, ó entregadme alguna prenda.

ANTIFOLO.—Veo que lleváis la broma hasta el exceso. Veamos, ¿dónde está la cadena? Dejadme verla.

MERCADER.—Mis asuntos no permiten estas tardanzas; caro señor, decidme si queréis satisfacerme ó no; si no queréis, voy á dejar á este señor entre las manos del oficial.

ANTIFOLO.—¿Yo, satisfaceros? ¿Y con qué satisfaceros?

ANGELO.—Dando el dinero que me debéis por la cadena.

ANTIFOLO.—No os debo nada, mientras no la haya recibido.

ANGELO.—¡Ah! Sabéis que os la he entregado hace media hora.

ANTIFOLO.—No me habéis dado ninguna cadena: mucho me ofendéis diciéndome esto.

ANGELO.—Vos, señor, me ofendéis mucho más negándolo. Considerad cuánto interesa esto á mi crédito.

MERCADER.—Vamos, oficial, prendedlo sobre mi demanda.

OFICIAL *(á Angelo)*.—Os prendo y os intimo obedecer en nombre del duque.

ANGELO.—Esto compromete mi reputación. *(A An-*

tífolo). O consentís en pagar la suma á mi saldo, ú os hago prender por este mismo oficial.

ANTÍFOLO.—¡Consentir en pagar una cosa que no he recibido, jamás! Préndeme, loco, si te atreves.

ANGELO.—Hé aquí los gastos. Prendedle, señor oficial... No perdonaría á mi hermano en semejante caso, si me insultaba con tanto desprecio.

OFICIAL.—Os prendo, señor; oís la requisición.

ANTÍFOLO.—Te obedezco, hasta que te dé caución.



(A *Angelo*). Bribón, me pagarás esta broma con todo el oro que puede haber en tu tienda.

ANGELO.—Señor, no dudo que obtendré justicia en Efeso, para vergüenza vuestra.

(Entra *Dromio* de Siracusa.)

DROMIO.—Señor, hay una barca de Epidauro que no espera sino que llegue á bordo el armador, y se dará á la vela en seguida. He embarcado nuestro equipaje; he comprado aceite, bálsamo y aguardiente. El navío está aparejado; un buen viento sopla alegremente de tierra y no se espera sino al armador y á vos, señor.

ANTÍFOLO.—¡Qué! ¿Te has vuelto loco? ¿Qué quieres decir, imbécil? ¿Qué barco de Epidauro me espera á mí, pícaro?

DROMIO.—El barco al cual me habéis enviado para tomar nuestro pasaje.

ANTÍFOLO.—Esclavo ebrio, te he enviado á buscar una sogá, y te he dicho para qué y lo que quería hacer con ella.

DROMIO.—Es como si dijerais que me habéis enviado á ahorcarme. Me habéis enviado á la bahía, señor, á buscar un buque.

ANTÍFOLO.—Examinaré este asunto más despacio y enseñaré á tus orejas á escucharme con más atención. Vé, pues, derecho á casa de Adriana, pillo, dale esta llave y dile que en el pupitre que está cubierto con una alfombra de Turquía, hay una bolsa llena de ducados; que me la mande; dile que me han prendido en la calle y que este dinero será una caución: corre pronto, esclavo: parte. Vamos, oficial, os sigo á la cárcel, hasta que vuelva el criado.

(*Salen*).

DROMIO (*solo*).—¡A casa de Adriana! Quiere decir á casa de aquella donde hemos comido, donde Dulcebella me ha reclamado por marido: es demasiado gorda para que yo alcance á abrazarla; pero es preciso que vaya, aunque contra mi voluntad: pues es necesario que los criados ejecuten las órdenes de sus amos.

(*Sale*).

ESCENA II

La escena pasa en la casa de Antifolo de Efeso

ADRIANA y LUCIANA

ADRIANA.—¿Cómo, Luciana, te ha tentado hasta este punto? ¿Has podido leer cuidadosamente en sus ojos si sus exigencias eran serias ó no? ¿Estaba colorado ó pálido, triste ó alegre? ¿Qué observaciones has hecho en ese instante sobre los meteoros de su corazón que chispeaban en su rostro?

LUCIANA.—Desde luego, ha negado que tuvieseis derecho alguno sobre él.

ADRIANA.—Quería decir que él obraba como si yo no tuviera ninguno. Por esto mismo estoy aún más indignada.

LUCIANA.—En seguida me ha jurado que era extranjero aquí.

ADRIANA.—Y ha jurado la verdad, pues ha perjurado de su hogar.

LUCIANA.—Entonces he intercedido por vos.

ADRIANA.—¡Y bien! ¿Qué ha dicho él?

LUCIANA.—El amor que yo reclamaba para vos, lo ha implorado de mí para él.

ADRIANA.—¿Con qué persuasiones ha solicitado tu ternura?

LUCIANA.—En términos que hubiesen podido conmover, tratándose de una pretensión honrada. Primero ha elogiado mi belleza, en seguida mi inteligencia.

ADRIANA.—¿Le has respondido como debíais?

LUCIANA.—Tened paciencia, os conjuro.

ADRIANA.—No puedo, ni quiero tenerme tranquila. Es necesario que se satisfaga mi lengua, si no mi corazón. Es deforme, contrahecho, viejo y marchito, feo de cara, peor configurado de cuerpo, de todo punto deforme; vicioso, rudo, extravagante, tonto y bruto; detestable en los hechos, y más detestable aún en los propósitos.

LUCIANA.—¿Y quién podría estar celosa de semejante hombre? Nunca se llora un mal perdido.

ADRIANA.—¡Ah! Pero pienso mejor de él que lo que hablo. Y, no obstante, quisiera que fuese aún más deforme á los ojos de los otros. El avefría grita lejos de su nido, para que se alejen de él. Mientras mi lengua le maldice, mi corazón ruega por él.

(*Entra Dromio*).

DROMIO.—¡Ea! venid. El pupitre, la bolsa: mis caras señoras, apresuraos.

LUCIANA.—¿Por qué estás tan fuera de aliento?

DROMIO.—A fuerza de correr.

ADRIANA.—¿Dónde está tu amo, Dromio? ¿Está bien?

DROMIO.—No; está en los limbos del Tártaro, peor que en el infierno; un diablo de eterno uniforme lo ha cogido; un diablo cuyo corazón está revestido de acero, un malvado, un genio brutal é implacable; un lobo, peor que lobo, un mozo vestido de piel de búfalo, un enemigo secreto que os pone la mano sobre la espalda, y que os cierra el paso de avenidas, esquinas y calles; en fin, alguien que arrastra las pobres almas al infierno antes del juicio.

ADRIANA.—¡Hombre de Dios! ¿De qué se trata?

DROMIO.—No sé de qué se trata; pero le han prendido.

ADRIANA.—¡Qué! ¿Está preso? ¿Y por demanda de quién?

DROMIO.—No sé bien por demanda de quién está preso; todo lo que puedo decir, es que el que lo ha prendido está vestido con uniforme de piel de búfalo. ¿Queréis, señora, mandarle para rescatarse, el dinero que está en el pupitre?

ADRIANA.—Vé á buscarlo, hermana mía. (*Luciana sale*). Me extraña que tenga deudas que yo ignore. Dime ¿le han prendido por un pagaré?

DROMIO.—No por un pagaré, sino á propósito de algo más fuerte; una cadena, una cadena: ¿no oís sonar?

ADRIANA.—¡Qué! ¿La cadena?

DROMIO.—No, no; la campana. Ya debía haberme marchado; eran las dos cuando me separé de él; y hé aquí que el reloj da la una.

ADRIANA.—¿Las horas retroceden pues? Jamás he oído tal cosa.

DROMIO.—¡Oh! sí, verdaderamente; cuando una de las dos horas encuentra á un sargento, retrocede de miedo.

ADRIANA.—¡Como si el tiempo tuviera deudas! Razonas como un loco rematado.

DROMIO.—El tiempo es un verdadero quebrado, y debe á la estación más de lo que él vale. Y es un ladrón también; ¿no habéis oído decir que el tiempo adelanta á paso de lobo, como un ladrón? Si el tiempo está adeudado y es ladrón, y encuentra en el camino á un sargento, ¿no tiene razón de retroceder una hora en un día?

ADRIANA.—Corre, Dromio, hé aquí el dinero.

Llévalo pronto y trae á tu amo á casa inmediatamente. Venid, hermana mía, estoy abatida por mis conjeturas que ya me animan, ya me desalientan.

(Salen).

ESCENA III

Una calle de Efeso

ANTIFOLO de Siracusa solo

No encuentro un solo hombre que no me salude, como si fuese un amigo familiar, y todos me llaman por mi nombre. Unos me ofrecen dinero, otros me invitan á comer; estos me dan las gracias por servicios que les he hecho; aquellos me ofrecen mercaderías en venta. Hace un momento un sastre me ha llamado á su tienda y me ha mostrado sederías que había comprado para mí; y á renglón seguido ha tomado la medida de mi cuerpo. Seguramente que todo esto no es sino encanto, ilusiones, y los hechiceros de Laponia habitan aquí.

(Entra una cortesana.)

DROMIO.—Amo, hé aquí el oro que me enviasteis á buscar... ¡Qué! ¿Habéis hecho vestir de nuevo el retrato del viejo Adam?

ANTIFOLO.—¿Qué oro es ese? ¿De qué Adam quieres hablar?

DROMIO.—No del Adam que habitaba el paraíso,

sino del Adam que mora en la cárcel; de aquel que anda uniformado con piel de ternero muerto para el hijo pródigo; aquel que vino tras de vos, señor, como un ángel malo, y que os ha ordenado renunciar á vuestra libertad.

ANTIFOLO.—No te entiendo.

DROMIO.—¿No? Y, no obstante, es una cosa bien sencilla: este hombre que andaba como un violón en un estuche de cuero; el hombre, señor, que, cuando los caballeros están cansados, les da un chasco y los arresta; aquel que tiene piedad de los hombres arruinados, y les da un vestido de cárcel; aquel que tiene la pretensión de hacer más hazañas con su maza que una lanza morisca.

ANTIFOLO.—¡Qué! ¿Quieres decir un sargento?

DROMIO.—Sí, señor, el sargento de las obligaciones: aquel que obliga á cada individuo que falta á sus compromisos, á responder de ellos; hombre que cree que uno está siempre á punto de acostarse y dice: «¡Dios os dé buen descanso!»

ANTIFOLO.—Vamos, amigo, dejémonos de locuras. ¿Hay algún barco que salga esta noche? ¿Podemos partir?

DROMIO.—Sí, señor; he venido á daros la respuesta hace una hora; la barca *Expedición* partirá esta noche; pero estabais impedido por el sargento y obligado á retardaros más allá del tiempo fijado. Hé aquí los dineros que me habéis mandado á buscar para libertaros.

ANTIFOLO.—Este mozo está loco y yo también; no hacemos sino errar de ilusiones en ilusiones. ¡Que alguna santa protección nos saque de aquí!

CORTESANA.—¡Ah! ¡Cuánto me alegro de encontraros, señor Antífolo! Veo que habéis, en fin, hallado al platero: ¿es esa la cadena que me prometisteis hoy?

ANTIFOLO.—¡Atrás, Satanás! Te prohibo tentarme.

DROMIO.—Señor, ¿es esta la señora de Satanás?